



PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE SAHAGÚN. Año 2022

Joaquín García Nistal
Profesor Titular de Historia del Arte
Universidad de León

Señor apoderado, señora alcaldesa, autoridades, hermanos y hermanas de la Cofradía de Jesús Nazareno y Patrocinio de san José, vecinas y vecinos de la villa de Sahagún y visitantes.

Gracias por haberme confiado el privilegio de abrir las puertas a la Semana Santa de 2022.

En lo personal, es un honor que asumo con el orgullo de ser un vecino más de una villa a la que, como la mayoría de ustedes saben, me unen fuertes lazos familiares y afectivos. Una villa en la que sigo empadronado y que nunca he abandonado a pesar de estar lejos en ocasiones. A fin de cuentas, las distancias no hacen sino acercarnos más aún a lo queremos.

Pero más allá de lo personal, hoy es especialmente un día de enhorabuena para Sahagún, que, después de dos largos y exasperantes años, recupera una de sus más valiosas señas de identidad cultural.

Es bien conocido por todos que Sahagún, favorita de reyes desde su fundación y sede de las cortes del Reino, está cimentada sobre los mismos pilares de la Historia. Son tantos y tan relevantes los acontecimientos y personajes ilustres que han tenido a Sahagún como escenario, que nuestra villa bien podría ilustrar por sí sola una completa Historia de España.

Por nuestras tierras, crisol y encuentro de culturas, pasaron los canteros que alzaron uno de los más afamados e influyentes monasterios románicos de Europa y los alarifes que gestaron el excepcional grupo de iglesias mudéjares que hoy dan fama internacional a Sahagún.

El prestigioso platero alemán Enrique de Arfe elaboró para esta tierra una extraordinaria custodia poco antes de que en Sahagún se fundase un *studium generale*, como entonces se denominaba a la Universidad. Y los siglos del Barroco serían testigos de las trazas que el arquitecto Felipe Berrojo elaboraba para el arco de san Benito, del virtuoso imaginero Gregorio Fernández, que con su gubia dio forma al retablo mayor del monasterio, y de la llegada de la venerada talla de la Virgen Peregrina, cuya dulce expresión salió de las manos de la mismísima escultora de cámara del rey Carlos II, Luisa Roldán, más conocida como “la Roldana”.

Fue en este febril e inigualable marco creativo, coincidiendo a grandes rasgos con la refundación de la cofradía de Jesús Nazareno, la concesión para la misma del Breve del Papa Inocencio X y la construcción de la capilla de Jesús, en el que

varios maestros imagineros gestaron una buena parte de nuestras tallas procesionales. Unas tallas que hoy constituyen uno de los más completos y significativos conjuntos de la imaginería barroca procesional del norte peninsular.

Nuestros Pasos, formados tanto por imágenes de talla completa como por otras vestideras o de candelero, son la mejor muestra de la ancestral celebración de la Semana Santa en nuestra villa. Pero, especialmente, son la mejor muestra de la temprana y realista representación de la Pasión en nuestro suelo.

Nuestras tallas son una magistral expresión del espíritu teatral y conmovedor del Barroco. La gubia de los diferentes maestros que participaron en su elaboración pone de relieve su pericia a la hora de crear expresiones dramáticas, de representar el dolor... de emocionar al espectador.

Los ensortijados cabellos del Nazareno, la hábil reproducción anatómica de Jesús en el Gólgota o del Caballo que monta el centurión Longinos, el patetismo del nuestros Crucificados o el forzado escorzo del Cristo del Descendimiento son solo algunos ejemplos de la consumación de un exacerbado naturalismo. Un naturalismo al que contribuyen también algunos elementos postizos, como ojos y dientes vítreos, la reproducción de las llagas y sangre de cristo y el verismo que aportan los textiles, las encarnaciones y el resto de policromías.

Por eso mismo carece de sentido hablar de la mano de un seguidor de Gregorio Fernández, de Francisco Díez de Tudanca, Tomás de Sierra, Andrés de Oliveros, Pedro de la Cuadra, Antonio Enríquez o cualesquier otros destacados maestros barrocos que intervinieron en el contexto próximo..., y quizá también aquí. Nuestros pasos procesionales son el fruto de una labor colectiva que implicó la perfecta coordinación entre maestros imagineros, ensambladores, pintores especializados en encarnaduras y un largo etcétera de consumados artífices de diferentes disciplinas artísticas.

En todo caso, y lo más relevante, es que las cariñosas denominaciones populares de "El Rodapelo", "Majito barreno", "Jesús el Pobre" o la "Soledad pequeña" que tienen algunas de nuestras tallas, demuestran el tradicional apego de los vecinos de Sahagún a su imaginería procesional y cuán profundamente ha calado la Semana Santa en nuestro imaginario colectivo.

No cabe duda del valor artístico que ostenta nuestra imaginería procesional, pero, si nuestra Semana Santa ha obtenido por derecho propio la importante declaración de Interés Turístico Regional y aspira con todo merecimiento a alcanzar los más altos reconocimientos, es fundamentalmente por su Patrimonio inmaterial. Ese "Patrimonio vivo" que nuestros antepasados nos han legado a lo largo del tiempo y cuya pervivencia depende de nosotros hoy, y de las generaciones venideras mañana.

Es aquí donde reside la originalidad de nuestra Semana Santa. En esos ritos y ceremonias efímeros o fugaces, que hemos logrado perpetuar en el tiempo.

La "subasta de los pasos", que se celebra mañana, nos permite hacer un viaje en el tiempo. En ella se han mantenido fosilizadas las tradicionales fórmulas orales con las que se celebraban las pujas al alza en los siglos XVI y XVII. Es un ritual único que, durante siglos, ha permitido y permite abrir a todo el público la

posibilidad de procesionar las valiosas tallas de la Cofradía. Un hecho prácticamente insólito en la geografía peninsular.

La "Isa", costumbre con la que, como todos ustedes saben, se golpean las puertas de la cofradía mediante los pies de los forasteros con la finalidad de fingir que el apoderado ha dado la señal para que se abran y comience la Procesión de los Pasos, es un ritual de origen inmemorial. Un valioso testimonio del fervor popular que siempre despertó nuestra Semana Santa y que vino acompañado de originales dosis de ingenio.

No menos singulares son el "Pan de Jesús" entregado en la Procesión del Viernes Santo por la mañana o las aceitunas negras, puerros, escabeche e higos pasos aliñados con aceite y pimentón de la noche del Jueves Santo. Una prueba más de que nuestra Cofradía siempre ha concebido la Semana Santa como una fiesta abierta a la participación pública; lo que la distingue de manera notoria de otras hermandades.

Pero la singularidad de nuestra Semana Santa también reside en el perfecto equilibrio entre los ritos populares y religiosos. Ese armónico contraste que hace posible que a la populosa Procesión de los Pasos le siga la solemne y sosegada Procesión del Santo Entierro. O que las luctuosas Procesiones del Vía Crucis y de la Oración en el Huerto hallen su contrapunto en la jubilosa Procesión de "El Encuentro" del Domingo de Resurrección.

La angustiada Despedida entre Jesús y María de la procesión del Jueves Santo, que, gracias a los ingeniosos mecanismos articulados de ambas imágenes, se escenifica con gran realismo, es un extraordinario testimonio de la antigüedad que en nuestro suelo ha tenido la dramatización del camino del Calvario. Una escenografía en la que las vestimentas, corona u objetos reales siempre jugaron y juegan un papel fundamental a la hora de garantizar el verismo de la recreación del acontecimiento y de este modo apelar a la sensibilidad de los fieles y estimular su devoción.

De igual forma, la adoración de la Cruz y el Desenclavo dan buena cuenta de la ancestral y sofisticada representación teatralizada de la Pasión y Muerte de Jesús en Sahagún. Se trata de dos momentos centrales de un antiguo auto sacramental que sigue manteniéndose vivo siglos después. Para este drama litúrgico fue confeccionada expresamente nuestra excepcional Urna o Santo Sepulcro y la talla del Cristo articulado que alberga en su interior. Cada uno de los motivos ornamentales de la caja sepulcral, cada una de las inscripciones que circundan sus cuatro caras y cada iconografía que alberga son fruto de un meditado programa que conectaba la Urna con los himnos cantados y las oraciones litúrgicas pronunciadas durante la misa del tiempo pascual.

Son nuestros ritos los que dan sentido a nuestra Semana Santa, los que dan vida a las estáticas imágenes procesionales, por mucho que parezcan cobrar vida propia gracias a sus mecanismos articulados.

Este patrimonio inmaterial e intangible que hace verdaderamente única a la Semana Santa de Sahagún está formado por la característica forma de procesionar nuestros pasos, sobre un hombro y en contacto directo con la madera de las andas... ¡como hace siglos! Pero también por la música de nuestra excepcional Banda Municipal, por el cortejo devocional que camina tras las

imágenes, por el sonoro golpeo de las horquillas en el suelo y por la particular atmósfera que transforma las calles de nuestra villa y que apela a todos nuestros sentidos... Esa proyección de la luz de las velas en nuestro incomparable paisaje monumental, las luminarias espectrales de los faroles que acompañan al solemne acto de la Ronda, el aroma del incienso y..., por supuesto, el sobrecogedor sonido de la trompa y el adusto eco del bombo.

Esa es la atmósfera que nos ha cautivado a tantos y que sigue cautivando a cuantos se acercan a visitar nuestra Semana Santa. Esa es la atmósfera que me cautivó a mi cuando, a la edad de trece años y sin pertenecer a una familia de tradición cofrade, quise ser hermano de la Cofradía de Jesús. Es ese mismo entusiasmo que afortunadamente he visto y sigo viendo tantas veces en los ojos de tantos jóvenes.

A menudo vienen a mis recuerdos las imágenes de aquellos inolvidables momentos. No son imágenes congeladas, no. Son un recuerdo vivo... Como si no hubiese pasado el tiempo. Son las imágenes de un joven que parece seguir recogiendo la hiedra con su amigo Rubén en lo alto de la tapia de aquella finca que aún sigue en pie junto a la presa y el antiguo matadero. Una hiedra que adornaba aquellas envejecidas andas que adecentábamos a base de manos de nogalina los días previos a las procesiones. Pero son también los recuerdos de aquellas horas de ensayos y algarabía con tantos amigos en la Banda de cornetas y tambores de la Cruz Roja, primero, luego en la de la Cofradía y más tarde en la Banda Municipal.

Ocasionalmente tampoco faltó alguna travesura, como cuándo a hurtadillas nos colábamos por las traseras de la cofradía para probar la limonada que había elaborado Leandro.

La mágica subida nocturna a la torre de san Lorenzo para hacer sonar la trompa en la "Hora Nona", esa emoción que revolotea por el estómago al llevar tu primer paso... y que sigue repitiéndose por mucho que pasen los años.

Pero lo que jamás habría imaginado entonces es que encontraría en la Cofradía esa otra familia. La formada por esos hombres y mujeres que sacrifican su tiempo para que nuestra Semana Santa sea posible. Los inolvidables momentos vividos bajo los muros de la capilla de Jesús ya no son ni tan siquiera un recuerdo. Ya forman parte de aquello que está alojado en el corazón.

No han sido pocos los momentos difíciles, como la irreparable pérdida de muchos inolvidables hermanos y hermanas de la cofradía, aunque me guardo la imborrable huella que nos dejaron y esos muchos momentos de regocijo que compartimos.

Ellos también contribuyeron a forjar esos valores singulares e inmateriales de la Semana Santa de Sahagún. Porque, no lo olviden, el valor más importante de nuestra fiesta es más efímero y más frágil de lo que creemos.

¡CUIDEN LA SEMANA SANTA!
¡CUIDEMOS NUESTRA SEMANA SANTA!

Muchas gracias por su atención